

res días, marchaban contra un pueblo entero, amenazando anonadarle con las fuerzas de una sola familia. Detrás de ellos marchaba el grupo de sus parientes y amigos, en cuyos ánimos no se agitaba nada mezquino, sino que sus esperanzas, lo mismo que sus temores, no tenían límites. Después seguía la multitud popular, que, en su profundo interés y admiración por ellos, se encontraba como estupefacta: «Que marchen valerosamente, que marchen bajo buenos auspicios y que el éxito corresponda á su propósito; que cuenten al regresar con los consulados, los triunfos, todas las recompensas y todos los honores.» Al pasar delante del Capitolio, de la fortaleza y los demás templos, imploran á todas las divinidades que se ofrecen á su vista ó á su memoria; pídenles que velen por aquella noble gente, y que pronto la devuelvan sana y salva á su patria y á su familia. ¡Inútiles plegarias! Partiendo por el Jano (1), á la derecha de la puerta Carmental, por la vía llamada después Desgraciada, llegaron á Cremera, posición que les pareció ventajosa y la fortificaron. Entre tanto fueron nombrados cónsules L. Emilio y C. Servilio. Mientras se limitó la guerra á la devastación de los campos, los Fabios bastaron para la defensa de su fortificación; pudiendo hasta traspasar la frontera que separa á los toscanos de los romanos, poner á cubierto el territorio de Roma y llevar el terror al campo enemigo. Quedaron, sin embargo, suspendidas por algún tiempo estas devastaciones, porque habiendo pedido los veyos tro-

(1) Todas las puertas de Roma tenían dos arcos designados con el nombre de Jano. De estos dos arcos, uno era para los que salían y otro para los que entraban, tomando unos y otros la derecha. Todavía en tiempos de Augusto ningún romano, por poco que participase de las creencias religiosas de sus padres, salía de la ciudad por aquella puerta, y por vecino de ella que fuese, hacia un rodeo para salir ó entrar por otra.

pas á la Etruria, vinieron á atacar la fortificación de Cremera. En seguida llevó el cónsul L. Emilio las legiones romanas y trabó combate con los etruscos, si puede darse nombre de combate á un choque en el que los veyos apenas pudieron formarse en batalla; porque en medio del desorden de los primeros movimientos, mientras se ordenan detrás de las enseñas y se colocan las reservas, ataca tan repentinamente su flanco la caballería romana, que no les da tiempo, no solamente para combatir, pero ni siquiera para ordenarse. Perseguidos de esta manera hasta las Piedras Rojas (1), donde tenían el campamento, piden humildemente la paz; y apenas la habían obtenido, cuando, cediendo á su natural ligereza, se arrepintieron antes de que los romanos hubiesen abandonado la fortificación de Cremera.

Otra vez se encontraba entablada la lucha entre los Fabios y el pueblo veyo, sin que la república desplegara grandes fuerzas, ni se limitase la guerra á incursiones por los campos ni á choques entre los grupos que se encontraban, sino que á veces se trababan serios combates, y más de una vez una sola familia romana quedó victoriosa sobre una de las ciudades más poderosas entonces de la Etruria. Los veyos sentían la dureza y humillación de aquellas derrotas; é inspirándose en las circunstancias, formaron el designio de atraer á una emboscada á su fogoso enemigo. Regocijábanse al ver que con los triunfos había crecido la audacia de los Fabios; y por esta razón hallaban éstos en sus incursiones rebaños que parecían encontrarse allí por casualidad, pero que de intento les entregaban. Por otra parte, la fuga de los labradores dejaba desiertos los

(1) Ciudad pequeña, cerca del río Cremera, á nueve millas de Roma, por la vía Flaminia.

campos; y los cuerpos armados que enviaban para rechazar á los merodeadores, huían con un terror muchas veces más fingido que verdadero. Pronto llegaron los Fabios á despreciar de tal manera á sus enemigos, que se creyeron invencibles y se persuadieron de que nunca ni en ninguna parte se atreverían á resistirles. A tal punto llegó esta confianza, que viendo un día rebaños á larga distancia de Cremera, y sin cuidarse de algunos soldados enemigos que aparecían diseminados por la llanura, salieron, y, en su imprevisión, se lanzaron en desorden más allá de la emboscada dispuesta en el camino. En seguida se dispersan por el campo para reunir los rebaños, que, como de costumbre, huyen á la desbandada, impulsados por el miedo. De pronto se lanzan las tropas emboscadas. Delante, detrás, por todos lados se presentan enemigos: los gritos son aterradores y llueven los dardos por todas partes. Los etruscos estrechan sus filas y los Fabios quedan rodeados por densa muralla de soldados: cuanto más se acerca el enemigo, más se aminora el espacio y más tienen ellos que agruparse. Esta maniobra pone más en relieve su corto número y la muchedumbre de los etruscos, cuyas filas aumentan en terreno demasiado estrecho. Renunciando entonces á hacer frente por todos lados, como intentaron al principio, cargan todos á la vez sobre un punto sólo, y reconcentrando allí todo su esfuerzo, fórmanse en cuña y se abren paso. Así llegan á una colina de suave pendiente y se detienen en ella; y muy pronto, en cuanto la ventaja de la posición les permite respirar y reponerse del primer espanto, rechazan á los que atacan. Fuertes en aquella posición, iban á vencer; á pesar de su corto número, si un grupo de veyos, que consiguió rodearles, no se hubiese presentado en la cumbre de la colina, recobrando entonces el enemigo su superioridad. Allí cayeron todos los Fabios sin ex-

cepción, y los enemigos se apoderaron de su fortaleza. Es cosa averiguada que perecieron treseientos seis. Uno solo (1), próximo á entrar en la edad de la pubertad, y que por este motivo había quedado en Roma, vino á ser el tronco de los Fabios, y á él debió el pueblo romano en paz y en guerra, en épocas calamitosas, los auxilios más eficaces.

Cuando ocurrió este desastre eran ya cónsules C. Horacio y T. Menenio. En el acto se mandó á Menenio contra los etruscos, envanecidos con su victoria; pero también fué derrotado, y el enemigo ocupó el Janículo, teniendo Roma que soportar un sitio; y el hambre se hubiese unido á la guerra para abrumarla (porque los etruscos habían atravesado el Tíber), si no hubiesen llamado del país de los volscos al cónsul Horacio. Demuestra que esta guerra tuvo lugar bajo las murallas de Roma el hecho de que el primer combate, en que quedó indecisa la victoria, se trabó cerca del templo de la Esperanza, y el segundo en la puerta Colina. En este último, por pequeña que fué la ventaja de los romanos, recobrando el valor el ejército, pudo esperar triunfos más brillantes en los combates sucesivos. Nombróse cónsules á A. Virginio y Sp. Servilio. Desde el descalabro que sufrieron en el último encuentro, los veyos rehusaban batallas campales: limitábanse á talar los campos, y desde lo alto del Janículo, como des-

(1) Es poco verosímil, como observa Perizonius, que en una familia bastante numerosa para suministrar trescientos seis combatientes, solamente hubiese un niño incapaz de llevar las armas. Conjetura este escritor que en la guarnición de Cremera, compuesta de trescientos seis hombres, había muy pocos Fabios, formando el resto sus clientes; que tal vez quedaron muchos niños en Roma, pero que uno solo llegó á la edad viril, L. Fabio Vibulano, que fué cónsul tres veces y dictador. Es cosa averiguada que de este Fabio descendien todos los demás que aparecen sucesivamente en la historia.

de un castillo, se precipitaban por todos lados sobre el territorio de Roma, careciendo por completo de seguridad los ganados y los campesinos. Al fin quedaron cogidos en el mismo lazo en que hicieron caer á los Fabios. Persiguiendo rebaños que habian dejado diseminados aquí y allá para atraerles, cayeron ciegamente en una emboscada, y como eran más numerosos, la matanza fué más considerable. La ira que les produjo esta derrota fué para ellos causa y principio de otra derrota mayor. Una noche, habiendo atravesado el Tíber, intentaron forzar el campamento de Servilio, pero rechazados con grandes pérdidas, costóles mucho trabajo retirarse al Janículo. Enorgullecido por el éxito de la víspera, impulsado principalmente por la escasez á las resoluciones más decisivas, por peligrosas que fuesen, al amanecer el día siguiente, el cónsul trepó con temeridad al Janículo para apoderarse del campamento enemigo. Pero rechazado más vergonzosamente que rechazó él la víspera al enemigo, solamente debió su salvación y la de sus tropas á la llegada de su colega. Cogidos entre dos ejércitos y huyendo alternativamente del uno y del otro, los etruscos fueron deshechos. Una temeridad puso fin de esta manera á la guerra con los veyos.

Con la paz disminuyó en seguida el precio de los víveres, porque trajeron trigos de la Campania, y, cuando desapareció el temor del hambre, aparecieron los que habian tenido ocultos. Pero la abundancia y la ociosidad llevaron de nuevo los ánimos á la licencia, y, faltando los males, que antes venían de fuera, los buscaron en el interior. Los tribunos agitaron al pueblo con su veneno habitual, la ley agraria: excítanle contra los patricios, que la resisten, y no solamente contra todos, sino contra cada uno en particular. Q. Considio y T. Genucio, que habian propuesto la ley agraria, demandan

ante del pueblo á T. Menenio, acusándole de haber dejado arrebatar la fortificación de Cremera, de la que no estaba lejos su campamento. Este sucumbió, pero los esfuerzos del Senado, que le defendió con tanto empeño como á Coriolano, y la popularidad de su padre Agripa, cuyo recuerdo no se habia borrado aún, dulcificaron la sentencia de los tribunos, que después de pedir la pena capital, se limitaron á una multa de dos mil ases. Pena capital fué también, porque se dice que, no pudiendo soportar aquella vergüenza, sucumbió á una enfermedad. Bajo el consulado de C. Naucio y de P. Valerio fué acusado Sp. Servilio, á quien en cuanto salió del cargo, demandaron á principios del año los tribunos L. Cedicio y T. Stacio. Pero este no sostuvo los ataques de los tribunos como Menenio, con sus súplicas ó las de los patricios, sino con la confianza que le inspiraban su inocencia y su crédito. Su crimen era el combate empeñado con los etruscos cerca del Janículo; pero tan valeroso en sus propios peligros como en los de la república, rechazó con enérgico discurso á los tribunos y al pueblo. Hizo más: censuró al pueblo la sentencia y la muerte de T. Menenio, cuyo padre le habia devuelto sus derechos, dado sus magistraturas y sus leyes, que ahora convertía en instrumentos de sus odios. Tanta audacia evitó el peligro, ayudándole mucho su colega Virginio, quien, citado como testigo, le hizo participe de su gloria. Pero lo que más le sirvió (tan cambiados estaban los ánimos) fué la condenación de Menenio.

Habian terminado las luchas intestinas: pero comenzó de nuevo la guerra contra los veyos, con quienes habian unido sus armas los sabinos. Cuando se recibieron las fuerzas auxiliares de los latinos y de los hérnicos, mandaron al cónsul P. Valerio con su ejército contra los veyos, atacando en seguida el campamento de los

sabinos, situado delante de las murallas de sus aliados. Extraordinaria fué la alarma que produjo, y mientras el enemigo en desorden se lanza en manípulos desparramados para rechazar el ataque, se apodera de la primera puerta, contra la que dirigió desde el principio el empuje. Una vez forzadas las empalizadas, no fué aquello ya combate, sino carnicería. El tumulto se comunica del campamento á la ciudad, y al ver á los habitantes correr apresuradamente á las armas, se hubiese creído que Veyas había sido tomada. Vuelan unos á socorrer á los sabinos; otros se arrojan sobre los romanos, ocupados completamente en el asalto del campamento. El ataque les detiene y turba un momento; pero en seguida hacen frente á unos y otros, y la caballería, lanzada por el cónsul, desordena y derrota á los toscanos. De este modo quedaron vencidos á la misma hora dos ejércitos y dos pueblos poderosos, los más grandes de los inmediatos á Roma. Mientras ocurren estos acontecimientos delante de Veyas, los volscos y los equos habían acampado en territorio latino y devastaban las fronteras. No habiendo recibido de los romanos los latinos ni general ni socorros, marcharon solos, sostenidos por los hérnicos, á tomar el campamento enemigo, encontrando en él cuanto les habían quitado, y consiguiendo además rico botín. De Roma mandaron contra los volscos al cónsul C. Naucio; según creo, porque no agradaba que los aliados se acostumbraran á hacer la guerra por su propio impulso y con sus propias fuerzas sin recibir general y ejército romanos. No hubo hostilidad y ultraje que no se emplease contra los volscos, pero no consiguieron que librasen batalla.

Fueron en seguida cónsules L. Furio y C. Manlio, tocando á éste la guerra contra los veyos, pero no peleó. Los veyos pidieron una tregua de cuarenta años y se les concedió mediante una contribución en dinero y

en trigo. A la paz exterior siguieron inmediatamente las discordias civiles, siendo ahora también la ley agraria el aguijón con que los tribunos estimulaban al pueblo. Los cónsules, á quienes no asustaban ni la condenación de Menenio ni el peligro de Servilio, oponen enérgica resistencia; pero al salir del cargo, les acusa el tribuno Gn. Genucio. Obtienen el consulado L. Emilio y Opiter Virginio: en algunos anales encuentro Vospicio Julio en vez de Virginio. Pero cualesquiera que fuesen los cónsules aquel año, acusados Furio y Manlio, visten traje de luto y se dirigen, no tanto al pueblo como á los patricios jóvenes, exhortándoles é invitándoles «á renunciar á los honores y al gobierno de la república; á no mirar los haces consulares, la pretexto y la silla curul sino como adornos de pompa fúnebre: todas estas brillantes insignias son como las cintas con que adornan á las víctimas para llevarlas á la muerte. Si el consulado tiene para ellos encanto; persuádanse de que esta magistratura se encuentra dominada y oprimida por el poder tribunicio. Que el cónsul, convertido en aparitor de los tribunos, debe esperar, para obrar, una señal, una orden de sus jefes: A poco que se mueva y dirija sus miradas al Senado, por poco que piense que en la república, hay otra cosa que la plebe, deben ofrecerse en seguida á su vista el destierro de Coriolano y la condenación y muerte de Menenio.» Alentados por este discurso, los patricios celebran, no ya en público, sino en secreto, reuniones á las que admiten corto número de amigos. No tratándose en ellas más que de salvar á los acusados por caminos justos ó injustos, las opiniones más violentas eran las más agradables, y no faltaban brazos dispuestos á ejecutar los proyectos más atrevidos. Así, pues, cuando llegó el día del juicio, el pueblo que, dominado por la impaciencia, ocupaba el Foro, extrañó al pronto

no ver presentarse al tribuno. En seguida comenzó á parecer sospechosa aquella prolongada tardanza: creíese que, ganado por los grandes, ha desistido de la acusación, y quéjase de que haya abandonado y hecho traición á la causa pública. Al fin, los que se encontraban delante del vestibulo del tribuno vienen á anunciar que se le ha encontrado muerto en su casa. En cuanto se difunde el rumor en la asamblea, cual ejército que ha perdido su general, todos se dispersan por diferentes lados. Los más aterrados son los tribunos, que comprenden, por la muerte de su colega, cuán débil socorro son para ellos las leyes sagradas. Los patricios, por su parte no contienen su regocijo, y tan poco se arrepentían del crimen, que hasta los inocentes querían aparecer cómplices, y en alta voz se decía que solamente con la violencia podía domarse el poder tribunicio.

Inmediatamente después de esta victoria, cuyo ejemplo tan pésimo era, apareció el edicto mandando el alistamiento. Asustados los tribunos, no oponen resistencia, y los cónsules proceden libremente á la leva. Entonces el pueblo se irrita más por el silencio de los tribunos que por el rigor de los cónsules, diciendo: «que habían concluido sus libertades; que se volvía al antiguo régimen; que con Genucio había muerto y estaba enterrado el poder tribunicio: que era necesario reunir, idear otros medios para resistir á los patricios; que el único recurso que quedaba al pueblo, puesto que carecía de todo apoyo, era el de defenderse por sí mismo. Los cónsules estaban rodeados por veinticuatro lictores; pero aquellos lictores eran hombres plebeyos: nada era más despreciable y más débil que aquella barrera, si se atrevían á arrollarla: aquello no era temible sino por la idea que se formaban.» Mientras se excitaban así mutuamente, llegó un lictor, por orden de los cónsules, á prender á Publio Volerón, hombre

del pueblo, que, habiendo sido centurión, se negaba á servir como soldado. Volerón apela á los tribunos, y no acudiendo ninguno á socorrerlo, mandan los cónsules que le desnuden y preparen las varas. «Apelo al pueblo, exclama Volerón, puesto que los tribunos prefieren ver á un ciudadano romano azotado con las varas delante de ellos, á que vosotros les degolléis en su lecho.» Cuanto más violentos eran sus gritos, mayor premura desplegaba el lictor en rasgar sus ropas y despojarle de ellas. Entonces Volerón, dotado de grandes fuerzas, y sostenido además por sus partidarios, rechaza al lictor, y, refugiándose en lo más espeso de la multitud, allí donde los ciudadanos indignados lanzaban los gritos más violentos en su favor: «Apelo al pueblo, exclama; imploro su amparo. ¡Acudid, ciudadanos! ¡Acudid compañeros! Nada podéis esperar de los tribunos, que también necesitan de vuestro socorro.» Excitada de esta manera toda aquella multitud, se prepara para el combate; no podía dudarse, acercábase el momento y ninguna consideración, ni pública ni privada, podría contenerla. Los cónsules, que quisieron resistir aquella violenta tempestad, vieron muy pronto que la majestad del poder es apoyo poco seguro sin la fuerza. Los lictores son maltratados, rotos los haces y los cónsules se ven rechazados del Foro á la Curia, sin saber hasta dónde llevaría su victoria Volerón. En fin, cuando comienza á calmarse el tumulto, convocan el Senado y se quejan de las injurias, de la violencia del pueblo y de la audacia de Volerón. Después de muchas opiniones, dictadas por la violencia, domina la de los ancianos, decidiéndose que no luchase contra los arrebatos del pueblo el enojo de los patricios.

Volerón vino á ser objeto del favor popular, y, en los comicios siguientes fué nombrado tribuno para el año en que entraron en funciones los cónsules L. Pina-

rio y P. Furio. Contra la opinión general, que esperaba verle emplear el poder tribunicio para inquietar á los cónsules del año anterior; sacrificando al bien general sus resentimientos personales, y sin dirigirles siquiera una palabra vejatoria, propuso al pueblo un proyecto de ley (*rogationem tulit*) para que en lo sucesivo se eligiesen los magistrados plebeyos en los comicios por tribus. Esta ley, que á primera vista se presentaba con carácter poco alarmante, no carecía de importancia, en cuanto quitaba á los patricios la posibilidad de llevar al tribunado, por los votos de sus clientes, á aquellos á quienes hubiesen elegido. Los patricios combatieron con todas sus fuerzas este proyecto tan agradable al pueblo; y aunque les faltaba su único medio de resistencia, porque ni la influencia de los cónsules ni la de los senadores más importantes consiguió llevar á la oposición á ningún miembro del colegio de los tribunos, sin embargo, cuestión tan importante por sí misma, dió lugar á debates que se prolongaron hasta el año siguiente. Volerón fué reelegido tribuno, y viendo el Senado que aquel asunto llevaría á un combate empeñado, creó cónsul á Ap. Claudio, hijo de Appio, quien, desde los altercados con el padre, era odioso y hostil á la plebe. Dióle por colega á T. Quincio, y desde principios de aquel año, únicamente se ocuparon de la ley, apoyada no solamente por Volerón, que era su autor, sino que Lætorio, colega del tribuno, mostraba en su mantenimiento tanta decisión, que recientemente se había constituido su defensor; aumentando su audacia el brillo de su gloria militar, porque éste era el hombre más intrépido de su siglo. Viendo que Volerón se limitaba á la defensa de la ley y se abstenía de toda invectiva contra los cónsules, él comenzó por acusar á Appio y á toda aquella familia tan orgullosa y cruel con el pueblo, pretendiendo que los patricios

han creado, no un cónsul, sino un verdugo para atormentar y torturar al pueblo. Pero la palabra de este soldado no secundaba á su libertad y valor, y llegando á faltarle la expresión: «Romanos, dijo, puesto que hablo con más dificultad que obro, venid aquí mañana, y ó moriré á vuestra vista ó triunfará la ley.» Al día siguiente se apoderaron los tribunos de la tribuna de las arengas; los cónsules y los nobles se reunen en asamblea para oponerse á la ley. Lætorio manda alejarse á todos aquellos que no tienen derecho á votar; el cónsul Appio se opone y pretende que el tribuno solamente tiene derecho sobre los plebeyos; que es magistrado, no del pueblo, sino de la plebe; que él mismo, siendo cónsul, no puede, en virtud de su autoridad, hacer retirar ni á un solo ciudadano; que esto era contrario á las costumbres antiguas, puesto que la fórmula dice: «Retiraos, ciudadanos, si os place.» Fácil era perturbar á Lætorio en achaques de derecho, aunque se tocasen ligeramente. Encendido en cólera, manda á su *viator* (1) que se apodere del cónsul, y el cónsul á su lictor que se apodere del tribuno, exclamando que no es más que un particular, sin poder, sin magistratura (2). No hubiera sido respetada la persona del tribuno, si toda la asamblea no se hubiese levantado en contra del cónsul, en favor del tribuno, y si al mismo tiempo, multitud de ciudadanos, acudiendo de todos los barrios de la ciudad, no se hubiesen precipitado en el Foro. Appio, sin embargo, resistió aquella tempestad con el tesón de su

(1) En el principio estaban encargados los *viatores* de convocar á los senadores que vivían en el campo. Más adelante fueron destinados como aparitores á los tribunos del pueblo y á los ediles. También se les encuentra con otros magistrados.

(2) «¿Por qué, dice Plutarco, los tribunos son los únicos magistrados que no llevan la *pretexta*? Porque no es en realidad magistrado el tribuno del pueblo. En efecto, no se sientan en el tribunal para administrar justicia; no toman posesión

carácter, y habría corrido sangre si su colega Quincio no hubiese excitado á los consulares á emplear la fuerza, si era necesario, para retirar á Appio del Foro, mientras que él mismo, por medio de súplicas, se esforzaba en calmar el furor del pueblo y rogaba á los tribunos que disolviesen la asamblea. «Dad tiempo para que se calme el enojo. Un aplazamiento, lejos de quitar nada á su poder, añadiría la prudencia á la fuerza; el Senado podría mostrar deferencia al pueblo, y el cónsul al Senado.»

Mucho trabajo costó á Quincio calmar al pueblo, y mucho costó también á los patricios calmar al otro cónsul. Al fin se disuelve la asamblea, y los cónsules convocan el Senado. El temor y la cólera hacen emitir al principio las opiniones más diferentes; pero á medida que pasa el tiempo y el arrebató deja lugar á la reflexión, todos los ánimos renuncian á la lucha violenta, y se llega á dar las gracias á Quincio por haber conseguido mitigar las discordias civiles. Exhortan á Appio para que la majestad consular no tenga más autoridad que la compatible con la concordia. Mientras los cónsules y los tribunos se hacen oposición, nada fuerte queda en medio de ellos; arráncanse de las manos la república, desgárranla, y cada bando piensa menos en conservarla intacta que en decidir en qué manos quedará. Appio, por su parte, tomaba por testigos á los dioses y á los hombres, diciendo: «Que se hacía traición; que se abandonaba cobardemente la república; que no era el

de su cargo á principios de año con las formalidades observadas para las otras magistraturas; la creación de dictador no implica la suspensión de sus facultades, que continúan ejerciendo durante la dictadura. El tribunado es más bien una traba perpetua para la magistratura, que magistratura verdadera. Debe añadirse que se nombraban los tribunos sin consultar los auspicios y sin observar ninguna formalidad de las que se usaban en la elección de los otros magistrados.

cónsul quien faltaba al Senado, sino el Senado al cónsul; que se soportaban leyes más duras que las del Monte Sacro.» Vencido, sin embargo, por la oposición unánime de los senadores, se abstuvo, y la ley se aprobó sin oposición.

Entonces por primera vez nombraron los comicios por tribus á los tribunos. Si ha de creerse á Pisón, en aquellas circunstancias se aumentó en tres el número de los tribunos, dando sus nombres el mismo escritor: C. Licinio, L. Numitorio, M. Duilio, Sp. Icilio y L. Mécilio. Durante las disensiones de Roma se había encendido de nuevo la guerra de los volcos y de los equos, quienes para dar asilo á la plebe, si volvía á abandonar la ciudad, habían devastado la campiña. Una vez calmadas estas turbulencias, se retiraron. Appio fué enviado contra los volcos, y la suerte designó los equos á Quincio. La dureza que Appio había mostrado en Roma la desplegó con más libertad en el ejército, no reteniéndole ya el freno de los tribunos. ¡Odiando al pueblo con más violencia todavía que su padre, verse vencido por el pueblo! Bajo el consulado del único hombre que podían oponer á la autoridad de los tribunos habían hecho aprobar la ley; mientras que, con menos esfuerzo y cuando los patricios tenían menos esperanzas, los cónsules anteriores la habían detenido. La cólera y el despecho inclinaban su violento carácter á atormentar á su ejército con todos los rigores del mando; pero el ejército era indomable; de tal manera había hecho progresos el espíritu de resistencia. Todo se hacía con lentitud, con pereza, con negligencia, con desdén, que tenía algo de sublevación. Ni el honor ni el temor tenían acción sobre los soldados. Si Appio quería acelerar la marcha, andaban más despacio; si acudía á animar los trabajos, todos interrumpían espontáneamente la obra. En presencia suya bajaban la cabeza, y á su paso mur-

muraban imprecaciones; de suerte que aquel ánimo endurecido en el odio del pueblo, se encontraba algunas veces conmovido. Cuando hubo agotado, sin éxito, todos los medios de rigor, concluyó por no tener relaciones con sus soldados; diciendo que los centuriones habían corrompido al ejército, por cuya razón les llamaba por burla algunas veces tribunos del pueblo, Volerones.

Nada de esto ignoraban los volscos, quienes por lo mismo estrechaban vivamente al ejército romano, esperando que opondría á Appio la resistencia que antes desplegó contra Fabio. Pero la sublevación contra Appio fué mucho más violenta. El ejército de Fabio se limitó á no querer triunfar; el de Appio quiso ser vencido. Apenas formado en batalla, emprende vergonzosamente la fuga y vuelve al campamento: solamente se detiene al ver á los volscos dirigirse á las trincheras; después de hacer espantosa matanza en la retaguardia. Entonces forman empeño en combatir para rechazar al enemigo fuera de las empalizadas; pero era evidente que no habían querido otra cosa sino impedirle que se apoderase del campamento. Por lo demás, se regocijaban de su derrota y de su vergüenza. El ánimo altivo del cónsul no se quebrantó: quería desplegar mayor severidad aún, y reúne el ejército; pero los legados y los tribunos acuden á él, y le aconsejan «que no ponga por más tiempo á prueba una autoridad que recibe toda su fuerza del consentimiento de los que obedecen; los soldados, decían, se niegan generalmente á acudir á la asamblea; oýense algunas voces pidiendo el levantamiento del campo y la salida del territorio de los volscos; acababa de verse al enemigo victorioso avanzar hasta las puertas y las empalizadas. No estaban limitados á sencillas sospechas del mal; se tenían pruebas evidentes.» El cónsul cede al fin, puesto que de este

medo los culpables no conseguirían otra cosa que un aplazamiento; revoca la orden de asamblea y manda anunciar la marcha para el día siguiente. Al romper el día dan las bocinas la señal, y en el momento en que el ejército se despliega fuera del campamento, los volscos, como llamados por las bocinas, caen sobre la retaguardia. El desorden gana la cabeza de las columnas; las filas y los cuerpos se confunden; no se oyen las voces de mando; no pueden formarse en batalla: ninguno piensa en otra cosa que en huir, y todo el ejército desbandado escapa entre montones de armas y de cadáveres, y tal es el terror, que el enemigo se cansa de perseguir, antes que los romanos de huir. Al fin consigue el cónsul reunir los desparramados restos de sus soldados, que en vano ha perseguido para detenerlos en su fuga, y va á acampar fuera del territorio enemigo. Allí forma el ejército; se encoleriza con razón contra unos soldados que han hecho traición cobardemente á la disciplina militar, abandonando las águilas, y pregunta á cada hombre desarmado qué ha hecho de sus armas, á cada signífero qué ha hecho de su insignia. Los centuriones y duplicarios (1) que han abandonado las filas son azotados con las varas y decapitados; el resto del ejército es diezmado, designando la suerte las víctimas.

En el otro ejército, por el contrario, el cónsul y los soldados rivalizaban sus buenos procedimientos y compañerismo. Quincecio era naturalmente más benigno que Appio, y el desgraciado efecto de las severidades de su colega le decidían más á seguir sus inclinaciones. Así fué que los equos, enterados de la buena armonía que reinaba entre el general y sus tropas, no se atrevieron

(1) Dábase este nombre á los soldados que, en recompensa de su valor, recibían doble ración.



a presentar batalla y dejaron al enemigo recorrer y devastar impunemente su territorio. Jamás se había extendido tan lejos el pillaje en ninguna guerra. Todo el botín quedó abandonado á las tropas, uniendo además el cónsul elogios tan gratos á los soldados como las recompensas. El ejército regresó á Roma mejor dispuesto para con su general, y por el general para con todo el patriciado; diciendo que el Senado le había dado un padre, mientras que el otro ejército había recibido un amo. Esta alternativa de triunfos y reveses; las terribles disensiones que estallaron, tanto en la ciudad como en los campos, y mucho más aún el establecimiento de los comicios por tribus, hacen este año muy notable. Por lo demás, la victoria del pueblo en la lucha en que se había comprometido, dan á esta innovación más importancia que las ventajas que obtuvo; porque, al separar á los patricios de aquellas asambleas, quitaron á los comicios una parte de su dignidad, sin robustecer mucho al partido popular ni debilitar al del Senado (1).

Por esta razón, el año siguiente, en el que fueron cónsules L. Valerio y Tib. Emilio, resultó mucho más borrascoso aún, tanto á causa de las discusiones de las dos órdenes sobre la ley agraria, como por el juicio de Appio Claudio. Como este peligroso adversario de la ley defendía con tanta arrogancia como si hubiese

(1) El establecimiento de los comicios por tribus aumentó en realidad el poder del pueblo y disminuyó el del Senado. En los comicios por centurias, los votos pertenecían de hecho á los patricios, mientras que en los comicios por tribus, celebrados por los tribunos sin que pudiesen disolverlos so pretexto de auspicios, era realmente el pueblo quien decidía. Esto era quitar á los patricios la posibilidad de llevar hechuras suyas al tribunado por medio de los votos de sus clientes. Por lo demás, la resistencia de Appio demuestra hasta qué punto ofendía esta ley las pretensiones del primer orden del Estado.

sido tercer cónsul á los poseedores de los terrenos conquistados, M. Duilio y C. Sicinio le demandaron. Jamás había comparecido ante el tribunal del pueblo acusado más aborrecido de los plebeyos: al odio que inspiraba añadíase el que había inspirado su padre. Tampoco hicieron por otro los patricios esfuerzos más empeñados. El defensor del Senado, el vengador de su majestad, dispuesto siempre á luchar contra las facciones tribunicias y populares, veíase, sin otro delito que el de haber traspasado la medida en la discusión, expuesto al enojo de los plebeyos. Appio Claudio era el único entre los patricios que no tenía en nada á los tribunos, al pueblo y á su juicio. Ni las amenazas de la multitud ni los ruegos del Senado pudieron decidirle á cambiar de traje (1), á recurrir á las súplicas, ni siquiera á templar, á dulcificar, cuando se defendiese ante el pueblo, la ordinaria aspereza de su lenguaje. Presentóse con la misma arrogancia, la misma altiva expresión en su semblante y la misma rudeza de palabra, hasta el punto que una parte considerable del pueblo, lo mismo tenía al acusado que había temido al cónsul. Una sola vez tomó la palabra para defenderse, y con el tono acusador que empleaba siempre; su firmeza causó tal estupor á los tribunos y al pueblo, que espontáneamente le concedieron una moratoria, dejando en seguida languidecer el asunto. No fué por mucho tiempo sin embargo, porque antes del día señalado murió Appio de enfermedad. Esforzáronse los tribunos en impedir que se pronunciasse su oración fúnebre, pero el pueblo no consintió que varón tan notable careciese de aquel honor

(1) Los acusados y los que suplicaban, para excitar la compasión de los ciudadanos, acostumbraban á presentarse con traje de color oscuro y en desorden. Sus parientes, sus amigos y frecuentemente gran parte del mismo Senado y del pueblo imitaban su ejemplo.

supremo, y después de su muerte escuchó su elogio con tan favorable oído, como había escuchado su acusación en vida; mas aún, acudió en gran muchedumbre á sus funerales.

En el mismo año marchó el cónsul Valerio con un ejército contra los equos, y no pudiendo decidirles á una batalla, trató de forzar su campamento; mas le detuvo una tempestad terrible de granizo y rayos. Su asombro aumentó cuando inmediatamente después de la señal de retirada, vióse que el cielo recobraba la calma y serenidad. Desde entonces fué para él escrípulo religioso atacar un campamento que parecía protegido por una divinidad. El furor de la guerra descargó sobre los campos que quedaron devastados. El otro cónsul, Emilio, había sido enviado contra los sabinos; pero como éstos se mantenían también encerrados detrás de sus murallas, taló su territorio. En fin, el incendio de las granjas y de los numerosos caseríos que frecuentemente habitaban (1), decidieron á los sabinos á salir para contener á los devastadores. El resultado del combate fué dudoso, pero á la mañana siguiente llevaron el campamento á posición más segura. Esto fué bastante para que el cónsul considerase vencido al enemigo y se retirase á su vez sin haber terminado la guerra.

En medio de estas guerras y de la permanente discordia, fueron nombrados cónsules T. Numicio Prisco y A. Virginio. Parecía que el pueblo no estaba dispuesto á soportar que se dilatase por más tiempo la ejecución

(1) Por este y otros pasajes, vese que los primitivos pobladores de Italia y otras comarcas habitaban caseríos aislados. Plutarco dice terminantemente que los sabinos conservaban de sus antepasados los lacedemonios la costumbre de vivir dispersos en caseríos y no en ciudades. Sin duda debe atribuirse su rusticidad á esta dispersión y quizá también su conquista por los romanos.

de la ley agraria, y se iba á llegar á las mayores violencias, cuando el incendio de las granjas y la fuga de los campesinos anunciaron desde lejos la llegada de los volscos. Este acontecimiento contuvo la sedición madura ya y pronta á estallar. Obligando en seguida el Senado á los cónsules á rechazar el ataque, sacaron de Roma la juventud y dejaron más tranquilo el resto del pueblo. Satisfecho el enemigo con el vano terror que ha puesto en campaña á los romanos, retirase precipitadamente Numicio, marcha contra los volscos y se dirige á Anzio. Virginio marcha en contra de los equos. Este último cayó en grandes emboscadas, y hubiese experimentado grave derrota si los soldados no hubieran salido valerosamente del apuro en que les puso la negligencia del cónsul. Con más habilidad estuvo dirigido el ejército enviado contra los volscos. Disperso el enemigo en el primer encuentro, refúgiase en Anzio, ciudad muy importante en aquella época. No atreviéndose el cónsul á sitiaria, se contentó con arrebatar á los anziatos la ciudad de Cenón (1), que era mucho menos importante. Mientras los equos y los volscos ocupaban de esta manera los ejércitos romanos, los sabinos ejercieron sus devastaciones hasta en las puertas de Roma. Pero á los pocos días vieron llegar á su territorio los dos ejércitos romanos, que la indignación de los cónsules llevaba allí, y que les hicieron más daño que habían causado ellos.

A fines de este año se obtuvo un poco de paz, pero turbada, como de ordinario, por la lucha de los patricios y del pueblo. Irritado éste, no quiso tomar parte en los comicios consulares; nombrando cónsules los patricios y sus clientes á T. Quinceio y Q. Servilio. El año de su

(1) Cenón, hoy Nelluno, era un pueblo inmediato á Anzio, de la que era puerto y á la que servía de mercado.